

Trump baraja atacar a los narcos dentro

La tensión aumenta en el Caribe mientras Washington envía nuevas fuerzas aéreas y Caracas activa las Milicias Bolivarianas

MERCEDES
GALLEGO
Corresponsal



NUEVA YORK. Las palabras importan. Lo recordó el viernes el secretario de Defensa estadounidense, Pete Hegseth, mientras los empleados del Pentágono cambiaban el nombre de la Secretaría de Defensa por el de Departamento de Guerra. Se trataba de enviar una señal clara a sus adversarios de que el Gobierno de Trump no juega a la defensiva, sino que busca la paz «mediante una fuerza abrumadora». Como la de destruir una lancha de narcotraficantes con un misil el pasado martes.

El Gobierno de Venezuela también conoce el juego semántico de la propaganda. Por eso el mismo viernes presumía de haber logrado «el rescate de tres niños secuestrados por EE UU». Se refería, en realidad, a tres menores que habían quedado separados de sus padres cuando estos fueron deportados. Regresaron a Venezuela con otros 302 venezolanos –entre ellos otros tres menores, éstos con sus padres– en un vuelo charter de la compañía Eastern fletado directamente desde EE UU el mismo día en que los tambores de guerra entre ambos países evocaban a la invasión de Panamá de 1989, el último episodio de intervencionismo estadounidense en Latinoamérica.

La existencia de ese vuelo, que pasó bajo el radar mediático, indicaba que, pese a la retórica, los canales diplomáticos entre ambos países siguen abiertos. Al menos uno, el que opera el asesor especial del presidente norteamericano Richard Grenell a través de Jorge Rodríguez, presidente de la Asamblea Nacional de Venezuela, cercano a Nicolás Maduro. Ambos establecieron contacto por primera vez en México en septiembre de 2020, cuando el primer Gobierno de Trump daba sus últimos coletazos, convencido aún de que ganaría la reelección.

En esas fechas se mostró dispuesto a reunirse con la bestia negra del exilio latinoamericano, como había hecho antes con el líder norcoreano Kim Jong-un. «Me reuniré con cualquiera. Creo en reunirme», había dicho. Los primeros en saltar fueron los sena-



dores de Florida Marco Rubio y Rick Scott. La posibilidad de que Trump y Maduro pudieran llegar a un acuerdo transaccional que permitiese al dictador chavista seguir en el poder a cambio de licencias petrolíferas alarmó a los halcones cubanos y venezolanos del exilio, que todavía apostaban por Juan Guaidó como presidente encargado.

Trump dio marcha atrás y se apresuró a publicar en las redes sociales que el único propósito de reunirse con Maduro sería negociar su salida pacífica. El líder latinoamericano sobrevivió a Trump y negoció con Biden las licencias para que Chevron explotase el crudo venezolano, siempre que los pagos fueran destinados a abonar la deuda de la empresa estatal Petróleos de Venezuela SA (PDVSA) y no directamente al Gobierno venezolano. Repsol, en España, Eni, en Italia,

BP, en el Reino Unido, y Maurel & Prom, en Francia, también se beneficiaron de esos pagos en crudo y las licencias de proyectos con PDVSA coincidiendo con la guerra de Ucrania. Casi media

docena de empresas estadounidenses recibieron contratos de mantenimiento y operaciones esenciales.

Rubio no tenía influencia sobre el Gobierno de Biden, pero

«Ninguna de nuestras diferencias puede llevar a un conflicto militar»

«Ninguna de las diferencias que tenemos y hemos tenido puede llevar a un conflicto militar», declaró Nicolás Maduro respecto a EE UU durante una intervención televisada desde Caracas el viernes (madrugada de ayer en España). El presidente de Venezuela atribuyó la presión militar ejercida por la Casa Blanca a un deseo de derrocarle e

instó a Donald Trump a «abandonar su plan de un cambio de régimen violento en Venezuela y en toda América Latina y el Caribe». El jefe del Estado confirmó que había ordenado activar la Milicia Bolivariana, compuesta según su Gobierno por ocho millones de ciudadanos, ante la eventualidad de que el país pase a una «etapa de lucha armada» si resulta «agredido» por EE UU, a cuyo líder exigió «respetar la soberanía, el derecho a la paz y a la independencia» de Venezuela.

en esta segunda venida de Trump se ha convertido en uno de los hombres fuertes del presidente, al acaparar cuatro cargos, entre ellos el de secretario de Estado y consejero de Seguridad Nacional. Mientras Grenell trata de abrir canales de negociación con Maduro para agilizar las deportaciones, Rubio boicotea los acuerdos en busca de la mano dura necesaria para hacer saltar al régimen.

«No hay facciones ni divisiones», dijo en un comunicado la portavoz de la Casa Blanca, Karoline Leavitt, cuando 'The New York Times' publicó en julio que Rubio había boicoteado un acuerdo para intercambiar prisioneros venezolanos de El Salvador por estadounidenses retenidos en Venezuela. «El presidente tiene un solo equipo y todos saben que él es quien toma la última decisión».